

AÑO XXXVIII

DOMINGO 17 DE OCTUBRE DE 1886

VARIEDADES

CARTAS TRASCENDENTES.

A MI AMIGA ADELA...

Mi querida Adela: Solamente el inmenso cariño que te profeso y con el cual veo si no tu ruina, porque la virtud te sostiene y escuda, el enfriamiento en tu recatada vida y algún atraso en tu fortuna, que debes conservar para tus dos pequeños, me hacen tomar de nuevo la pluma para escribirte, no las cartas que hace un año te dirigía desde París y Florencia, sino algunos consejos, fruto amargo de mi experiencia, enderezados a renovarte máximas y recuerdos que si los practicas, como no dudo, devolverán la tranquilidad y la calma a tu agitado espíritu.

Eres elegante, joven y hermosa todavía, prendas realizadas por una más que regular fortuna; pero ¡Ay Adela mía! si no cortas ese lujo y ese fausto, que de algún tiempo acá te enloquecen y deslumbran, tocarás muy pronto las más fatales consecuencias: tu viudez prematura, créeme Adela, no será como la hermosa violeta de la floresta en umbroso valle que se oculta ruborosa para ostentarse después más lozana y delicada a los ojos del asombrado viajero que vé en ella el símbolo de la virtud, de la modestia y del recato.

Estoy, amada Adela, triste y afligida en verdad, al ver que el lujo invade cada vez más nuestro hogar; nos llena de humo la cabeza y sin saber cómo ni por qué nos enfria en el camino de la virtud, nos hace menos cristianas y recatadas y nos lleva al delirio de arrostrar por todo y arruinar a nuestras familias. No creas que estas sean sensiblerías de beata arrepentida, ni me las des ahora de mística y santurrona, no Adela mía: ya conoces mi carácter expansivo, alegre y jovial y hasta festivo y decidí; pero yo no sé qué aguda espina siento clavada en mi corazón desde que me entregué, en mala hora, al deseo de lucir en el mundo y de llamar la atención con la elegancia de mis sombreros y con el corte de mis valiosos vestidos. Bien sabes tú que, gracias a Dios y a la Santísima Virgen, no he faltado por esta causa a mis deberes; pero yo siento tal remordimiento por mis pasados desfiladeros y por mi desmedido lujo, a pesar de haberme consentido, que en descargo de mi conciencia, quiero, en estas cartas, hablarte del lujo y de los graves perjuicios que acarrea a la familia, a la sociedad, a las buenas costumbres y a nosotras mismas que nos enloquece y nos trastorna y nos precipita en mil abismos.

Adela: todavía conservarás algunos cortes de vestido y algunos sombreros de los que te remiti desde París hace poco más de un año; conservarás aún las dos costosas faldas de Bruselas y el aderezo de perlas finas montado en el mejor taller de Berlín. En las cariñosas y apasionadas cartas que acompañaban aquellos brillantes recuerdos, te daba lecciones, (aprendidas de Mme. Dourfolt, la primera modista de París), de cómo debías combinar los colores de la falda y adornos, qué vestidos y qué sombreros debías usar en el paseo, en las carreras, en teatros, visitas etc. etc., en fin, un curso completo de elegancia y coquetería... ¡Con qué cariño, Adela mía, me escribías!... ¡Con qué entusiasmo me acusabas recibo de los envíos y de mis cartas!... ¡Con qué satisfacción y alegría me dabas cuenta de la impresión que causaba en Manila tu estilo, tu esplendidez y tu elegancia!

Perdóname, Adela, perdóname aquel frenesí y aquella falta: mi vanidad y mi cariño hacía ti, te hubiera precipitado. Dios sabe donde, sino te hubiese detenido una mano poderosa, que ha sido para ti un verdadero Ángel de la Guarda: estoy arrepentida de haber atizado, sin querer, el fuego que comenzaba a arder en tu sensible corazón.

Tú me dirás. ¿Pero, Clotilde, quién ha producido una reacción tan violenta en tu corazón? ¿Como no habiendo sido Magdalena pecadora, te presentas ahora Magdalena penitente? ¿Qué monstruo, en fin, se te presenta ante tus ojos?

Voy a satisfacer tus deseos, Adela de mi corazón; verás el fundamento de mis temores y el horror que ahora me inspira el desmedido lujo, que es la ruina de las sencillas costumbres de nuestros padres y la ruina de muchas familias.

En mis recientes viajes por las principales capitales de Europa, pero especialmente en París, Bruselas, Amberes, Madrid y Florencia, último punto como sabes de nuestra residencia, he aprendido mucho en nuestras giras campestres, en paseos aristocráticos, en riberas balnearias y sobre todo en el teatro y en la tertulia, puntos estos últimos en donde naufragan los corazones más sencillos y las más hermosas almas, si no están escudadas fuertemente con el santo temor de Dios. Yo viajaba y recorría ciudades, y llevada en alas del vapor, saltaba como mariposa, de un punto a otro, sin más deseo ni más pensamiento que llamar la atención con mi pretendida elegancia, al entrar en algún salón ó al pisar el rico y alfombrado piso del aristocrático palco del teatro de la Opera en la deslumbradora París.

Aquí (hace unos ocho meses) parece que me esperaba la bondadosa Providencia para hacer caer de mis ojos la venda que los cubría y hacerme ver, desde aquel momento, todo el horror del lujo desmedido y todas las consecuencias fatales a que pueden conducirnos el deseo immoderado de figurar y de llamar la atención, sobre todo si estamos ligadas con lazos que solo la muerte puede romper.

Era el beneficio de la Sarah Bernarht, de esa mujer que ha encendido en los corazones más hojeras de lujuria, que una legión de demonios. Pero la Sarah estaba de moda: era el delirio de los parisienses y la Odalisca de nuestros días. Mi esposo Adolfo había tomado uno de los primeros palcos por dos mil

quinientos francos, y había invitado a una familia perteneciente a la *crème* de aquella Babilonia.

Clotilde, me dijo, en un arranque de entusiasmo: esta noche vamos al gran teatro a premiar el mérito de esa reina del arte y a coronarla de flores. Te pondrás el vestido de Bruselas llegado ayer y yo te regalo para esta noche estas joyas... quiero, Clotilde mía, que llames hoy de veras la atención. Quiero que sea sonado mañana el nombre de la bella filipina Clotilde... ¿No es verdad amada mía?... y me dió un beso en la frente y quedé como abrumada con el peso de tanto amor y de tanto cariño.

Mi esposo, Adela, no sabía el mal que con esto me hacía. En aquel momento temblaba y no sabía por qué. Estaba agitadísima sin poder fijar la causa de mi agitación. Yo no hacía más que mirar mi vestido descolado y contemplar extasiada las nuevas joyas que mi cabeza atolondrada había de lucir dos horas después... Mi vestido había costado 3500 francos, las joyas 25.000 y el palco 2500 total de francos gastados por un capricho 31.000.

Esta suma comenzaba a despertar en mi espíritu un vago remordimiento. Se borró pronto la emoción y me lancé al fondo del *landéu* que había de conducirnos al estrado del gran Teatro.

Eran las once de la noche cuando nos presentamos en nuestro soberbio palco: llegamos un poco tarde ¿por qué no decirte la verdad? para llamar la atención de los espectadores cuyos gemelos se dirigieron hacia nosotros y yo creo que principalmente hacia mi cabeza desvanecida, que despedía rayos de luz por todas partes.

La Bernarht acababa un monólogo cuyo tema era un fondo de ignominia pero cubierto con tan brillantes formas y salpicado de frases tan agudas, de movimientos tan delicados y eróticos; con tan diabólica sonrisa, miradas de fuego y enloquecedores arrebatos que embriagó materialmente aquel público frenético, que iba bebiendo sin sentirlo, el veneno del deshonra y de la lujuria que aquella divinizada mujer iba echando por todos los poros de su cuerpo, esbelto como el ciprés, flexible como la palmera, ductil y móvil como la serpiente del desierto. Pulseras de oro, palmas, coronas de plata, ramos colosales, cayeron a los pies de la heroína. Mi marido arrancó de mis manos un precioso *bouquet* que había llevado al teatro, montado sobre una espiga de oro guarnecida de brillantes y le arrojó también embriagado por el entusiasmo a los pies de aquella nueva serpiente del Paraíso. También participaba yo sin saber por qué, mi querida Adela, de aquel loco entusiasmo; aunque sentí en el alma que Adolfo hubiese arrebatado de mis manos el *bouquet* que con tanto orgullo ostentaba y que tanto había llamado la atención (tal vez la espiga) a mis compañeras de palco y a otros vecinos que no levantaban ojo de mis joyas y alhajas.

Cayó el telón y hubo un descanso. En el palco se trabó animada conversación sobre modas, vestidos, joyas etc. Una familia de otro palco se agregó a nosotros y entró en la comenzada conversación. Yo creía que en París no se conocía a nadie; pero cual fué mi desencanto al ver que mis compañeras pasaban revista a todos los palcos con sus gemelos, citaban nombres propios, revelaban profundos y escandalosos secretos y apenas salía mujer ileída de sus lenguas. Me acordé en aquel momento de una máxima de San Gregorio que leí siendo colegiala, y que había quedado profundamente grabada en mi memoria, a saber: *que el mundo mira con burla y desprecio a la mujer que con su excesivo lujo y adornos espera atraerse las miradas de las gentes*.

Mis compañeras parecían cotorras en eso de descubrir misterios ante mis inexpertos ojos: no se paraban en barras y lisa y llanamente iban descubriendo el hilo enmarañado de aquella prostitución social. Mire V. Madame Adela, me decían, ve V. aquella señora acompañada de su esposo y de otro caballero que tiene detrás de su palco dos lacayos para servirle hasta su último pensamiento? Pues es una señora, que en menos de dos años ha derrochado con su lujo una de los mejores fortunas de París y ha arruinado poco menos, a otra familia: aquella que vé V. en el palco de enfrente debe un dínal al comerciante X. ** y tiene empuñadas las alhajas, que Dios sabe por qué le regaló el día de su santo. Mire Vd. Mad. Clotilde, mire V.; aquella otra joven esbelta que llama tanto la atención con su peto carmesí y con su collar de perlas, se llama Madame L.; es casada y en verdad que deploramos en el alma que su honrado esposo y hasta sus padres se vean en el caso de no serlo para sostener el desenfrenado lujo de esa mujer... Aquella otra debe sus apariencias y su fastuoso lujo a un origen poco puro; aquella perderá a sus hijos, esta etc. etc... Levantaron el telón y apareció de nuevo la Bernarht; á mi se me cayó el telón ó la venda que tenía sobre los ojos del alma y me quedé triste y horrorizada de ver en esqueleto la moderna sociedad, en aquel teatro receptáculo de las pasiones de todas las naciones del mundo: el cosmopolitismo de todas las vicios de la Humanidad.

Sentí con más fuerza la espina del remordimiento: yo necesitaba huir de aquella atmósfera tibia y corrompida; quería echarme en brazos de mi esposo, demasiado bueno para mí; quería regenerarme moralmente, aunque jamás llegué a faltar á mis deberes. Pero aquella noche vi un abismo á mis pies y necesitaba calma y retiro para pensar y obrar.

Mi marido que no se acordaba más que de las zalamerías de la Bernarht, no se apercibió por el momento de mi turbación y seguía tan alegre y gozoso el diálogo y las murmuraciones de mis improvisadas amigas, que nunca le vi tan contento como aquella infausta noche, durante nuestra permanencia en París.

Salimos del teatro y rápidamente nos trasladamos al hotel de nuestra residencia. Adolfo notó durante el trayecto que yo es-

taba triste y taciturna; me preguntó la causa de mi silencio y le dije que estaba fatigada, atarida de frío y afectada por la desatención de la noche. Al llegar a las habitaciones notó mi marido que yo solo estaba triste y profundamente afligida, sino que algo preocupaba hondamente mi imaginación. Aquel esposo, tan amante siempre y tan cariñoso conmigo, de repente se convirtió en una fiera: yo creo, Adela mía, que el demonio de los celos entró de repente en su corazón; porque cosa nunca vista en mi amado Adolfo, me asió del brazo, me miró hito á hito y con unos ojos que lanzaban rayos y una voz velada por la ira me dijo, en tono imperativo... Y bien Clotilde ¿qué significa este silencio? ¿quién ha marcado esa profunda tristeza en tu semblante? ¿qué repentina mutación es esta? Acaso otro nombre que el de Adolfo llena tu corazón?... Yo me quedé pálida como la muerte, quise hablar y no podía; hondos suspiros ahogaban mi pecho y prorrumpí en amargo llanto!.....

Repuesto Adolfo de su imprudente acción y arrepetido del primer sentimiento que me daba en mi vida. Perdóname, Clotilde, me dijo ha sido un arrebatado: sabes que te amo con un amor intenso, inextinguible, profundo... el fulgor de un rayo de maldición pasó subitamente por mi frente; pero perdóname, Clotilde mía, perdóname: Yo se que tu piedad y tu hermosura son como el jardín cerrado y la fuente sellada por la virtud de conyugal amor y asididad.

¡Oh, Adela de mi corazón, no puedo continuar esta carta: estoy afectada por la violencia de la violenta escena que tuvo lugar entre mi marido y yo. Las lágrimas borran las líneas que escribo y no puedo más. En otra carta te describiré la trágica escena, sus consecuencias y mi resolución y entraremos de lleno en la serie de epístolas que te he prometido sobre el lujo immoderado y otras faltas á que nos arrastra la moderna sociedad.—Tuya afma. amiga que te abraza,

CLOTILDE.

Manila octubre de 1886.

EL RIVAL.

Como siempre, estábamos sentados en el rincón del café de Levante los cinco ó seis amigos que desde las doce de la noche hasta las dos ó las tres de la madrugada nos reuníamos allí para referirnos mutuamente las novedades del día ó para contar anécdotas que nos hacían pasar agradables las horas.

Don Pedro, hombre enérgico, pero de afable carácter vasta instrucción, nos refería anécdotas de hombres célebres en literatura ó recitaba poesías notables que oíamos con religioso silencio.

Don Florencio hacía de cada frase un chiste, Pepe reletaba las novedades *mondaines* con su peculiar *spirit*, Vila narraba sus pintorescos viajes y así todos, siempre tenían algo que contar, animando la conversación hasta las tres que nos retirábamos.

Uno de los contentillos era Luis, un joven que acababa de casarse con una de las muchachas más lindas de la corte.

Luis entró el último en el café, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón, y después de saludarnos, dejó caer sobre el diván.

Todos notamos que á Luis le pasaba algo, pues su carácter era alegre y comunicativo, y aquella noche permanecía silencioso, contestando con monosílabos á las preguntas que se le hacían.

Tanto insistimos que al fin logramos conocer la causa de su pena.

—Señores,—comenzó diciendo,—acabo de cometer un crimen.

—¿Un crimen?—interrogó don Pedro, clavando sus ojos en el joven.

—Sí, un crimen... Pero antes de juzgarme oiganme Vds. porque en el pecado llevé la penitencia.

Después hizo la siguiente relación, que nos dejó profundamente conmovidos:

Me enamoré de ella como un loco, y durante el tiempo que fui el novio de Carmela estuve en la creencia de que todo su cariño era para mí... Jamás noté en ella desvío, nunca me percaté de que otro me robara parte de mi dicha, ni pude imaginar que en mi ausencia hiciera objeto de su amor á nadie.

Al decir que me quería era su acento tan apasionado, que parecía la sinceridad misma.

Así es que, como Vds. saben, me casé. Mi mujer se llevó á casa varias cosas. Entre ellas mostré particular empeño por Mazán, su gato.

¡Infeliz de mí!... Desde entonces por mañana, tarde y noche el gato hallábase constantemente en los brazos de Carmela.

A los pocos días odiaba yo al gato como al mismísimo demonio, y juré matarle cuando la ocasión se me presentara.

Pasó tiempo, y ésta sin llegar.

Mi mujer proseguía dedicando al gato la mayor parte del tiempo y yo dándole puntapiés cuando se ponía al alcance de mi bota.

En cuanto me veía, el animal fijaba en mis ojos, que despedían relámpagos de ira, y mayaba de un modo barto expresivo.

Un día tuve con mi mujer una cuestión por causa de Mazán, y aprovechando el enojo me atreví á pedirle que me dejase matar al gato.

Ella se indignó, gritó cuanto pudo, y acabó por derramar lágrimas en abundancia.

Yo no quise parecer débil, y me mantuve en actitud resuelta.

Mis frases, mis ruegos la convencieron, y al fin me dijo con pena:

—Haz lo que quieras...

Le agradeci su permiso, y salí del cuarto.

Después cogí un revolver y busqué á mi rival.

Mazán hallábase en el pasillo, y al verme echó á andar, encaminándose á la cocina.

¡Pobre gato!

Yo iba en pos de él con la cabeza baja y el revolver en la mano.

De vez en cuando se volvía, y fijando en mi sus ojos pardos y fosforescentes, en los que unas veces parecía brillar una chispa de odio y otras una lágrima de ternura ó de resignación, maulló tristemente.

Aquello era una queja, una reconvención que podría interpretarse por estas palabras: —¿Qué te he hecho para que así me maltrates?

Desgraciado. No sabía que su existencia hallábase amenazada, que iba á perecer sin remisión.

Su lamento me conmovió, y al pronto no vi en el gato un enemigo que me robaba las caricias de mi mujer, vi un objeto querido por Carmela, y como todo lo que ella quiere debo yo adorarlo como á cosa veneranda, tentado estuve de volver atrás y arrojarme á los pies de mi esposa, diciéndola: —¡Perdóname!... Yo también le quiero.

Pero no, imposible. ¿Amar á aquel animal irracional que ella estrechaba cariñosamente contra su pecho á cualquier hora del día ó de la noche, regalándole besos y caricias que me hacían temblar de coraje, que me producían vértigos, que poco á poco turbaban mi razón y acababan por convertirme en un ser contemplativo, en un idiota sin voluntad?

Eso era superior á mis fuerzas.

Además, ¿no me había dado ya Carmela el permiso para matar á mi enemigo? ¡Qué me detenia!

No lo sé. Una fuerza interior oprimíame los hombros como si me fuese clavando en el pavimento.

El gato estaba sentado en el suelo, y mirándose se pasaba con coqueteo las manos por la cabeza, como si hiciera *coquette* para ir á ver á su ama.

Semejante idea me indignó, exclamé:

—¡Debes morir y morirás!

El animal lanzó un grito ahogado y vino á echarse á mis pies, frotando la cabeza en mis botas y lamiéndolas con humildad digna de mejor causa.

—¡Infeliz Mazán; tus caricias me lastiman.

Apártate más.

Al decir esto le di con el pié suavemente, y el animal se separó de mí para ir á echarse sobre una butaca rota que había en la cocina y que le servía de mullido lecho.

—¡Le ahogaré ahí mismo!—pensé.

Después rectifiqué mi idea acordándome que aquel miserable no debía morir como Desdémona.

Era un honor sólo concedido por Shakespeare á aquella mujer que tanto amó.

Mi gato, ó mejor dicho, el gato de Carmela debía sumir despénado. Los miserables mueren como Claudio Froilo. El revolver, que aún conservaba en la mano, hizome olvidar semejantes descabellados pensamientos, y vuelto en mi primer acuerdo decidí destruirle á tiros.

¡La venganza era tan sabrosa!

Contemplé un momento el arma, miré de soslayo al gato para que con los suyos no leyera en mis ojos las intenciones que bullían en mi cerebro, y le vi puesto á cuatro pies sobre la butaca mirándose unas veces y otras persiguiendo las moscas que revoloteaban en derredor suyo.

—¡Tomal!... ¡Ven acá!...—dijele extendiendo hacia él la mano izquierda.

El gato saltó al suelo, estiróse perezosamente arrastrando la barriga por el pavimento y llegóse con timidez á donde yo estaba.

—¡Si yo pudiera perdonarte!... Pero, ¡ay, amigo mío! soy el Shylock que viene á cobrar la deuda reclamándole la vida. Si tu crimen fuera de otra especie, conseguirías ablandar mi corazón con el sentimiento que se desborda de tus ojos verdes; pero has cometido el delito de hacerte querer por ella y en eso estriba el fundamento de mi odio, de este rencor que mueve mi brazo y le obliga á ejecutarla para tí terrible sentencia. Ella que te ama es tu juez, yo que te odio soy tu verdugo.

Extendí el brazo, decidido á poner término á mis divagaciones.

Mi corazón latía fuertemente y los exaltados nervios hacían temblar mi mano como si de mí se hubiese apoderado una instantánea afección perliática.

Después me puse á dos pasos de distancia de Mazán, apunté y cerrando los ojos como si este movimiento disminuyera el sonido de la detonación, disparé sobre el infeliz condenado.

Oí un sonido doloroso, como un ¡ay! desgarrador que me produjo penosa sensación, y al abrir los ojos contemplé el ensangrentado cuerpo del animal, que aún se revolvía en el suelo mayando débilmente.

Me pareció que pedía gracia.

Yo no hice caso y disparé de nuevo el arma.

Mazán dejó de existir.

Hecho esto, corrí presuroso al cuarto de Carmela, y ¡oh dolor! la encontré desmayada sobre el sofá.

Al acercarme, sus labios articularon estas fatídicas palabras.

—¡Asesino!... ¡Asesino!

Cuando recobré el conocimiento y se acordó de lo ocurrido, separóse de mí con repugnancia y huyó precipitadamente.

Sin duda iba á ver el cadáver del gato infortunado.

No había tenido tiempo de pensar en la conducta que, ante la de mi mujer, debía seguir, cuando apareció Carmela radiante de alegría en el dintel de la puerta.

Al mirarla se escapó de mis labios una exclamación de sorpresa.

Mi mujer tenía á Mazán en sus brazos, pero á Mazán vivo y sano, sin mancha alguna de sangre en su piel negra y blanca.

—¿Qué bueno eres!—me dijo Carmela.—Le has perdonado la vida matando al gato de la vecina del tercero.

Yo me mordí los labios, comprendiendo la intención de las frases de mi mujer.

—No creas—añadió—que voy á preferir á tu cariño el de un gato, ni menos pensar que él sea objeto único de mi predilección.

Una cosa eres tú y otra él; pero respeta un capricho que durará muy poco espacio de tiempo.

R. HERNANDEZ Y BERMUDEZ.

EL MICROBIO DEL SUICIDIO.

El microbio que produce el bostezo es, según he leído, el último descubrimiento microbiológico de que se tiene noticias. Pero el microbio que causa el suicidio debe estar para descubrirse de un momento á otro.

Hay, en efecto, en la patología moral, enfermedades infecciosas de rápido contagio y de tratamiento difícil, ni más ni menos que ocurre con las infecciones materiales, cuyo agente productor es el referido microbio, según la última orden de la ciencia, y hasta tal punto esta causa de enfermedad extiende su letal influencia, que va á poderse decir que produce todas las enfermedades que así lo parecen, y la mitad de las que no, en cuya última categoría colocaremos por ahora el suicidio agudo y crónico—que también lo hay—y otras enfermedades por el estilo, más ó menos reinantes.

Casi, casi puede decirse que ya sabemos la fisiología de esa bacteria que anidó en el cerebro de Werther—pues es de creer que escoja esa sede augusta—y en la débil mollera del último víctima del viaducto.

Es verdad que ignoramos su morfología. No sabemos si tendrá forma de coma ó de punto final, aunque más parezca esto último; pero de sus funciones sabemos lo bastante.

Desde las chozas de los hambrientos, á palacios de los magnates, lo mismo que *pallida mors*... de Horacio, no hay quien libre de su invasión, en los de abajo fomentada por la miseria y la ignorancia; en los de arriba por la corrupción y el hastio; en ambos por atrofia de la voluntad.

Célibes ni casados, viejos ó jóvenes, en todas las clases sociales puede penetrar el fatal microbio, á quien parece no se le opone valladar alguno.

Y ¿no habeis oído hablar del cultivo y crianza de los demás microbios? Pues éste también se cultiva, no en caldos ó gelatinas, pero sí en el periódico y en el libro, en las hojas de papel de donde brota á nuestros ojos y nos hiere, ó en los corrillos en donde el murmullo y el comentario lo llevan á nuestros oídos para inficionarnos...

No hace falta microscopio que lo analice, ni carmin que lo ilumine ó lo delate: se manifiesta bien su modo de contagio, y quizás pudiérase matarlo en gérmen.

Su semejanza con los demás microbios es pasmosa.

De cuando en cuando, para compararse con el cólera, que es endémico allá en el Ganges, y epidémico acá en Europa, el microbio del suicidio, como el virgula, hace sus focos de devastación en grande, que ciertos vientos favorecen y mil huracanes trasportan, si es que no lo engendran.

En la época de las guerras del Milanesado, el padre de Montaigne vió morir á unos veinticinco maestros de obras, suicidas. Y por el mismo estilo las hubo verdaderas epidemias en 1806 en Ruan y Copenhague; en 1811 en París y en 1793 en Versalles, asemejándose á aquella otra de las jóvenes de Miletto de que habla Plutarco, y que obligó al Senado á ordenar que los cadáveres de los suicidas serían expuestos al desnudo en la plaza pública, medida profiláctica imitada más tarde por Inglaterra al confiscar los bienes de los suicidas, lo mismo que la Iglesia confisgó á su modo los cuerpos.

¿Qué más falta sino aislarlo? El microbio existe, un Pasteur le falta. Y para evitar sus estragos, ni aun eso tampoco. Pasteur cura la rabia—enfermedad de microbio—sin haberlo encontrado. Curedmos, pues, el suicidio, enfermedad de microbio también, sin aguardar á tenerlo en la mano.

Los procedimientos modernos nos brindan un medio.

La ciencia nos ha enseñado microbios de microbios. Uno que produce el cólera, y ese mismo que puede evitarlo: algo así como dos hermanos gemelos, de distinto genio y costumbres distintas.

Pues bien; el que produce el suicidio debe tener y tiene su congénere.

¿Por ventura ha de ser el mismo el que produjo la muerte de Lucrecia, el que anidó en la cabeza de Codro ó de Marco Catón, que aquel otro que concluyó con Curió, ó el que hizo fin del último rey de Baviera?

El suicidio de Eleazar ó el de Sansón es distinto del legendario de Werther y del de otros más positivos imitadores; porque el suicidio por el sacrificio no es el del amor propio, el de la envidia, los celos, el remordimiento ó el hastio. El de Servio el Gramático y Cornelio Rufo, porque no pueden curarse la gota, es distinto del de aquel que, como Codro, con matarse, salva á su patria de la esclavitud.

Hay, pues, que distinguir de causas, y á pesar de que las tendencias de algunos alienistas nos llevan á confundir en un mismo origen, bajo el nombre de *paranoias* ó monomanía intelectual los más diversos estados pasionales del espíritu, con lo cual toda clasificación huelga y toda responsabilidad es arbitraria, tenemos que buscar un medio de selección moral que ponga á cubierto la significación de los actos humanos.

Concluyamos de un modo ó de otro con los estragos del microbio del suicidio. Extinguamos sus colonias de propagación y de cultivo, y si las antiguas leyes pecaban de inhumanas y de inútiles para su curación, busquemos otro medio de más poderosa antiseptica contra esa bacteria que nutre de asuntos á los periódicos, y de preocupaciones á filósofos ó higienistas.

Quizás no queda ya otro remedio que ensayar que aquel usado por Cervantes en otro tiempo contra la epidemia de la caballería andante.

Hoy día, por no incurrir en *quijotismo*, hasta se ha olvidado la caballería, lo cual es ya el colmo del remedio.

Y por este mismo camino, podríamos lograr mañana que nadie se matara, ni aún por la libertad ó por la patria.

DOCTOR H. R. PINILLA.

LA VIDA MADRILEÑA.

EL DECANO DE LOS COLILLEROS.

El más antiguo y el más respetable acaparador de colillas, el que ha creado la industria de aprovechar los desechos de los fumadores, el que ha conseguido un capital en fuerza de recoger en la vía pública lo que otros arrojan, el vecino más alegre y más decididor de la calle de San Cayetano, acaba de retirarse de ese lucrativo negocio, teniendo la satisfacción de que otros hereden su actividad, su genio y su comercio, y de que los productos del suelo sean aprovechados por todas las clases sociales.

En el mes de agosto de 1839, días antes de que terminara la primera guerra civil, es decir, hace cuarenta y siete años, inició ese veterano mercader el comercio de colillas, empezando por venderlas al montón y en estado primitivo, y siguiendo con la clasificación de colillas de papel y restos de puros, bautizados más tarde con los nombres de colillas y coraceros.

Andando el tiempo, el comercio se convirtió en industria; la mano del hombre, auxiliada de la botánica y de la química, consiguió que la miserable colilla, por todos pisada y de pocos recogida, se transformase en el objeto más codiciado de los fumadores elegantes.

Lo que puede la industria!—nos decía el afortunado mortal que hoy se retira de los negocios, cargado, no de laureles, pero sí de pesos duros.

¿Cómo y de qué manera se transforma la pisoteada colilla en gallardo pitillo? Oigamos al inventor de ese mágico descubrimiento:

—En los tristísimos días 16, 17, 18 y 19 de julio de 1854 se hallaban los estancos cerrados en la capital de la Monarquía, pasando los fumadores de los barrios bajos las penas del Purgatorio. Todos pedían tabaco, y á pocos alcanzaba el que se repartía entre las tropas. Puse entonces mi almacén de colillas á disposición de las gentes, con tan buen éxito metálico, que en veinticuatro horas no quedaba ni una en el sótano de la Plaza de la Cebada.

Recuerdo que decía uno: ¿no se comen las ratas en las ciudades sitiadas? ¿Por qué no han de fumarse las colillas?

Observé que un grupo de soldados desahaciados las colillas, lavaba el tabaco y ponía á secar al sol, y luego liaban los cigarrillos, fumándoles con un deleite extraordinario.

Entonces barrunté el verdadero negocio que podía hacerse en el porvenir, hacinando en grandes pilas el tabaco recogido en plazas, tabernas y cafés. Manos á la obra, me dije, construí las tinas, parecidas á las de las fábricas de curtidos, lavé y bañé el tabaco, y desde aquel momento la industria de puntas, que así es conocida en el mercado, empezó á desarrollarse con brío y á desenvolverse con desembarazo.

Nosotros compramos las puntas ó colillas á los chicos encargados de su recolección; las procedentes de cafés, tertulias y casinos á seis reales la libra, y las recogidas en la vía pública á peseta, variando el precio de los coraceros de ocho á diez reales.

Almacenado el género y despojado del papel, se coloca en grandes tinas, donde se baña y se lava durante ochos días, pasando después al oreo por espacio de quince días. Los coraceros son triturados á mano ó valiéndose de una guillotina, operación necesaria para el picado.

Una vez lavada, bañada y oreada la picadura, entra ya en los dominios de la confección, á cargo de las pitilleras, las damas más garbosas y más gentiles del barrio de Lavapiés.

La picadura de colillas, que es muy sabrosa, se mezcla con una tercera parte de tabaco, llamado de sangre, procedente de la Habana y con otra tercera parte del tabaco del estanco, vulgarmente llamado cuarterones.

Esa mezcla resulta tan grata al paladar, que los fumadores se relamen de gusto. Algunos desean que se añada un poco de salicó; pero los salvinos, que así los llamamos, son gente afeminada.

El secreto de nuestra industria, aparte de la primera materia, consiste en la labor, que supera en mucho á la fabricación nacional. Nosotros usamos para liar los cigarrillos papel de caña, de brea, de regalig, de Layaná, de tabaco, de ambar, etc., y los ofrecemos con ó sin embobillar, cortos, largos, gordos y delgados, según el gusto del consumidor.

Es más: graciosas cigarreras están encargadas de llevar la mercancía confeccionada al domicilio de los consumidores.

Y hasta tal punto ha adelantado nuestra industria, que cada cigarrillo lleva impreso en el papel el nombre y apellidos del fumador, ó el título nobiliario del parroquiano, previo el pago, por vía de suplemento, de una peseta por libra.

El iniciador de la industria de colillas nos dijo, además, que el oficio tiene de vez en cuando quiebras producidas por el fisco, como por ejemplo, las grandes aprehensiones verificadas en 1882 y 1885 por los empleados de Hacienda; pero la primera materia da para todo: para pagar las multas y para quedarse con dinero.

La prensa acaba de publicar la noticia de que en Chinchón ha sido detenido un súbdito portugués vendedor de colillas, y de que en esta capital fué decomisado un depósito de esa mercancía.

La lucha entre la Administración y los colilleros es viva, tenaz, perseverante; pero ni la Administración acabará con las colillas, ni la gente dejará de fumar colillas, haga lo que quiera la delegación de Hacienda, y sean cuales fueren las penas pecuniarias que se impongan.

¿Por qué esa industria vive, se desarrolla, se desenvuelve, crece y se multiplica?

He ahí la pregunta que hemos dirigido al afortunado colillero que hoy se retira de los negocios.

Muy sencillo, nos contestó. Porque la confección de las fábricas nacionales no es, ni puede ser, tan elegante ni tan perfeccionada como la nuestra. Nosotros estudiamos el gusto de cada parroquiano en particular, y el Estado estudia el gusto de

los fumadores en general. He ahí el secreto. Nosotros seguimos la ley filosófica de lo particular á lo general, y el Estado camina de lo general á lo particular.

UN FUMADOR DE GORRA.

LEYENDAS AFRICANAS.

Africa no es solo el país de los grandes lagos que semejan mares, de los ríos gigantes, de los inmensos desiertos y de los bosques sombríos: Africa es ante todo y sobre todo el país de las supersticiones y de la fantasía.

El negro es el más supersticioso de los hombres. La nube que pasa, el río que murmura en el remanso ó muge en la catarata, la seiva llena de rumores y misterios, el agua, el fuego, el aire, todo para él está poblado de espíritus, todo tiene su leyenda, que el fatigado viajero escucha relatar al más anciano de la tribu durante las horas de descanso.

Una anécdota referida por el explorador español, señor Iradier, en la Sociedad Geográfica de Madrid, de la que ya he hecho mérito antes de ahora, dará una idea muy exacta del concepto que los negros tienen del mundo en que viven.

Conversaba el señor Iradier con cierto fetichero, brujo ó encantador que diríamos en Europa, y como descubriera en él un espíritu más cultivado y observador que en la gran mayoría de sus compatriotas, trató de averiguar su modo de pensar acerca de varias cuestiones filosóficas y cosmogónicas de importancia.

—¿Cómo te parece que es la tierra?—le preguntaba.

—La tierra es una especie de media luna; de un lado están los negros y de otro los blancos.

—Y después de la tierra, ¿qué hay?

—Nómis (espíritus).

—¿Y en el sol, la luna y las estrellas?

—Nómis también.

—¿De suerte que todo el espacio y el mundo entero están llenos de ellos?

—Así es, porque en cuanto muere un hombre, su nómis queda libre.

—¿Y de donde salen tantos nómis?

—¿Has visto, respondió el fetichero, esas piedras que lanzan chispas cuando chocan con otras?

—Sí.

—Pues de la misma suerte que al ver una de tales piedras no puedes saber cuántas chispas hay en ella, tampoco sabe nadie cuántos nómis hay en un hombre.

Tales doctrinas prueban que el negro no es un grosero materialista, un fetichista cuya religiosidad se reduce á adorar ídolos de piedra ó madera, y explicar perfectamente las ridículas supersticiones de muchas tribus. Los vios del interior, para citar solo habitantes de territorios españoles, creen á piés juntillas que la vista de un blanco produce instantáneamente la muerte. Verdad que esta creencia está bastante esparcida en Africa y que el pánico que suele apoderarse de tribus enteras á la aproximación de un europeo no reconoce algunas veces otra causa.

En otras tribus de Guinea se cree también que el marido no debe matar ningún animal, ni ver siquiera que otro lo mate, mientras se halle su mujer en cinta, porque de lo contrario el embarazo tendría un desenlace funesto.

La muerte de un hombre se atribuye en muchas regiones á hechicería. En la Guinea española no se dá, por lo general, sepultura á ningún cadáver sin que una Comisión de feticheros y notables de la tribu del difunto, decida si alguien le ha lanzado algún fetiche. Cuando el tribunal resuelve afirmativamente, condena siempre al acusado á la última pena. En Africa cualquier acusación de hechicería es siempre una sentencia de muerte.

Muchas de estas sentencias tienen su historia, delicada é interesante, como la más romántica leyenda de la Edad Media.

Recuerdo en este momento una, que por ser nueva á la par que original, podrá servir perfectamente para dar á conocer la literatura propiamente africana, no menos digna de estudio que cualquier otra, pero acerca de la cual no existe ni un solo trabajo importante y serio.

Hacia la mitad del camino comprendo entre la punta de Santa Clara y el río del Campo, esto es, en la región central de las posesiones de España en Guinea, desagua en el mar el río de San Benito, Benito á secas, ó Benita, como le llaman los naturales. Este río lleva al mar una masa de aguas comparable á la de los mayores de España. Viene de las regiones desconocidas del interior, y nace á una distancia considerable de la costa, para llegar á ésta, necesita abrirse paso á través de las cordilleras que forman los contra fuertes de la meseta central africana, y lo hace por medio de numerosas cataratas y formidables cachones que dan á su curso un aspecto sumamente pintoresco y accidentado. Selvas impenetrables, sombrías y silenciosas, compuestas de árboles gigantes y extraños, esconden el curso del río á los ojos del explorador y contribuyen á aumentar la solemne grandeza de las mugientes cataratas.

La primera de todas, remontando el curso del río, es la llamada Yobé. Por la enorme amplitud de la masa de agua que en ella se desploma, la altura de la caída y la singular belleza de los alrededores, cubiertos de espesos bosques de bambú, por entre los cuales susurra constantemente el viento, produciendo un murmullo singular y poético, merece ser colocada esta catarata en el número de las más pintorescas. Por las mismas razones, sin duda, ha dado origen á la leyenda siguiente, con la que los negros explican al viajero la existencia de aquel notable accidente de San Benito.

Había, bravo, guerrero de la tribu de los Itemus, estaba enamorado de Tatyá, la más hermosa doncella del país. Correspondióle ésta con igual afecto y el rendido había la pidió á su padre. Tenía Tatyá un hermano llamado Yobé, de génio feroz y carácter rencoroso, á quien también atrás parece que había infundido un desaire.

Cuando Yobé supo las pretensiones de Tatyá, resolvió vengarse, destruyendo sus proyectos de enlace.

Un día emboscóse en el camino por donde el amante de su hermana debía pasar, decidido á matarle con una hacha envenenada; pero no pudo lograr su objeto.

Otro día reunió hasta seis guerreros de una tribu enemiga, que ansiosos de verse libres del temible Tatyá, acogieron con alegría el proyecto de asesinato. El valor y la fuerza de Tatyá hizo también fallar este plan; cinco de los seis guerreros enemigos cayeron á sus piés.

Entonces Yobé buscó fetichero que le diera un filtro contra Tatyá. Poco después enfermó este gravemente, y reunidos los feticheros de la tribu para declarar la especie de enfermedad que padecía, todos á una dijeron: hechizo.

Tratóse de averiguar qué clase de hechizo era aquél, porque los hay de muchísimas, graves unos, leves los otros, é incurables algunos. Todos los feticheros declararon también que aquel hechizo era iemba, es decir el más terrible de todos. Consultado el enfermo designó á Yobé como autor del hechizamiento.

Entablóse gran discusión entre los feticheros. Uno de ellos, que á todos los demás, excedía en autoridad, y que era precisamente el que había dado á Yobé el mortal hechizo, negó que este fuera iemba en un discurso lleno de razones capciosas y de sofisticos argumentos. Pero otro fetichero muy sabio también sostuvo la opinión de la mayoría con tal copia de datos que el primer diagnóstico, digámoslo así, quedó confirmado y acordado, como era de rigor, la pena de muerte para Yobé.

Entre tanto succumbía Tatyá á los efectos del hechizo y la desgraciada Tatyá moría de dolor.

Preso Yobé y decomisado su buanga, que así llaman en Guinea al tarro, fabricado por lo general con un trozo de asta, en el que los negros suelen llevar los hechizos ó sus primeras materias un análisis concienzudo demostró que el de Yobé era iemba y la pena de muerte fué confirmada. El reo debía ser decapitado á orillas del río.

El pueblo en masa acudió á presenciar la ejecución de la sentencia. Hacia de verdegundo el fetichero protector de Yobé, y tal maña se dió, que en el momento en que el hacha vengadora iba á caer sobre el cuello del reo, éste logró romper sus ligaduras y lanzarse al río.

En el pueblo indignado hubo un movimiento de cólera contra el asesino, y mil imprecaciones partieron de todas las bocas. Yobé nadaba con todas sus fuerzas. Ya estaba cerca de la otra orilla; ya se consideraba en salvo. Vuelve la cabeza y sonríe ferozmente á los que desde lejos le insultan y le maldecen.

Pero el Gran Espíritu no podía querer que su crimen quedara impune; oyese de repente un gran ruido; agitanse furiosamente las aguas, y con espanto de todos, Yobé, envuelto en ellas, queda convertido en catarata.

Desde entonces, oyese gemir tristemente el aire entre los bambús, murmurando sin cesar.

Yobé, Yooobé, Yooobé. Es, dicen los negros, el espíritu del desgraciado Tatyá, que viene á atormentar á su asesino.

G. REPARAZ.

DON FULANO.

Ustedes no le conocen ni siquiera sospechan que pueden haberle visto.

Pero él pregunta por ustedes y les persigue.

—¿Ahí ha estado un caballero preguntando por usted ó por tí—según quien le haya recibido.

Esto dicen á ustedes, cuando regresan á su domicilio, la criada ó la esposa, ó la patrona.

—¿Un caballero?

—Sí, don Fulano.

—¿Don Fulano!—repite el individuo á quien busca don Fulano.

Algunos de éstos revelan su apellido: en este caso, el caballero que desea ver al dueño de la casa es don «Fulano de Tal».

Pero como el apellido es tan nuevo para el individuo á quien busca el señor desconocido como lo es el nombre, es inútil la asociación de uno y otro, ó sea la firma completa.

—¿Qué querían?

—Pues verte y saludarte.

—¿Qué don Fulano tan fino! Pero no recuerdo á ese caballero. ¿Qué señas tiene?

La persona de la casa que facilita la noticia de la presentación del don Fulano describe la figura y la «ornamentación» del sujeto.

—Nada, pues no recuerdo á ese ciudadano.

Dos ó tres días después:

—¿Ahí ha estado ese.

—¿Quién es ese?

—Don Fulano.

—¿Por vida de don Fulano!

Y resulta el caso más cómico si don Fulano oculta el apellido, porque así revela cierta franqueza, intimidad en el trato; no cabe confusión para el individuo á quien visita entre don Fulano y otro don Fulano transeunte.

Pues, señor, que sale de su casa el vecino pacífico é íntimo amigo, inconsciente, de don Fulano.

Llega al café á donde concurre habitualmente.

—Señorito—le dice el camarero que le sirve diariamente,—ahí ha venido en busca de Vd. un caballero.

—¿Quién?

—Don Fulano.

—¿Caracoles! ¿Uno de estas señas?

—El mismo. Por el acento parece un hombre decente.

—¿Por el acento ó por el aspecto, hombre?

—Eso es.

Si el individuo, tan buscado y rebuscado, es funcionario público ó secreto, asiste á oficina, ó á taller, por fin, se ocupa en algo y trabaja en alguna parte, allí en la oficina, en el despacho, ó en el taller, ó donde se halle, le dirán en cuanto llegue:

—¿Ahí ha estado preguntando por usted don Fulano.

—¿Tiene novia el infeliz perseguido?

Pues aún en la casa de la novia ha preguntado el señor don Fulano por su víctima.

—¿Quién es ese hombre?—se pregunta ya mortificada la víctima por la obstinación y el ensañamiento del consecuente é infatigable don Fulano.

Y cada vez que le dicen:

—Ha venido á preguntar por usted don Fulano.

Revuelve en su memoria todas las páginas de su vida, y aun consulta la prensa y la historia de Lafuente para ver si encuentra en ellas un don Fulano conocido.

Cuando el perseguido me omite el apellido, el víctima llega al extremo de preguntar á los amigos:

—¿Conocéis á don Fulano de Tal?

—Yo no—responde uno.

—Yo tampoco—responde otro.

—Es un fotógrafo—dice un tercer amigo.

—No, hombre—rectifica alguno,—don Fulano de Tal es un memorialista que tiene el bufete en la calle del Perro Grande...

Pero si el caballero oculta el apellido las pesquisas son inútiles.

—¡Hay tantos Fulanos en el mundo!—piensa el perseguido.

—Sabes—dice la esposa del hombre solicitado por don Fulano si es celosa—que me escama la insistencia de ese caballero.

—A tí todo te escama.

—Porque no conocerte y dar su nombre me parece una majadería.

—Y á mí también.

—No será un enredo?

—¿Ese caballero?

—Esas visitas. ¿Quién sabe si es una contrasena...?

—¿Don Fulano?

—Su venida á esta casa; no lo echas á barato, que á mí no me engañas.

—Pero, mujer...

—En cuanto vuelva, yo le apretaré, y veremos.

—Se librará Vd. mucho de apretar, ni aún aproximarse más de lo conveniente á un hombre desconocido... ni á conocido tampoco.

—¿Ya declaras que le conoces?

—Mujer, no mareas más.

—Ese bribón será un corre-ve-y-dile.

—Que «corre-badiles» ni qué calabazas.

—Pues su aspecto es sospechoso. ¿Estás metido en política?... Si tal supiera...

—Pero, mujer, si donde yo me metería, voluntariamente, sería en el cementerio.

En la calle, en paseo, en el teatro, en cualquier parte no ve ni oye el infeliz más que á don Fulano.

Llega un momento en que sospecha que don Fulano es algún inglés postergado, ó algún loco ó algún enemigo oculto que le busca para asesinarle, como á un solo hombre.

Trascurre el tiempo—como dicen los novelistas para abreviar—y en diez meses no vuelve á presentarse don Fulano en el ruedo. El perseguido recobra la tranquilidad.

Pero un día, día nefasto y al par claro y aun luminoso.

(También esto parece de novelista, pero malo.)

Cuando el individuo regresa á su domicilio, le dicen:

—¿Ahí está don Fulano.

Vacila y por fin se decide á entrar la víctima.

—¿Caballero!...

—Servidor de usted.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—¿Usted?

—Sí, yo soy Zutano.

—¿Ahí! ya. Pues bien señor mío, yo soy una persona decente como puede comprender. Soy don Fulano.

—Ya lo sé; mejor dicho, lo sabía desde que tuve el gusto de oír su nombre por primera vez; es decir, sabía que en el mundo habitaba un don Fulano.

—Pues bien: yo tengo un niño que toca en la guitarra alguna cosita, y tiene vocación al toreo.

—Y yo, ¿qué puedo hacer?

—Quiero que le oiga Vd. torear y le vea tocar la guitarra...

—¿Y viceversa?

—Este es el fin que me ha traído á esta casa. Usted está bien relacionado, y, según me dijeron, puede encargarse de sacar adelante al niño.

—Vd. viene equivocado, caballero.

—Pues, ¿no es Vd. don Zutano?

—Sí; pero no don Zutano de Cual, á quien Vd. busca, y que vive en la acera de enfrente.

El don Fulano se levanta indignado y se retira diciendo:

—Y para esto me he molestado tantas veces!

—Vd. perdone, que no ha sido mi ánimo ser quien soy, y no ser el vecino.

Otros Fulanos suelen salir diciendo:

—Pues bien yo vengo á pedir á Vd. informes de una criada que ha tenido en su casa.

O pidiendo 30 reales para sacar una partida de bautismo, sin cuyo documento no le entregan una herencia pingüe.

Pero de cualquier manera vale más saber quien es don Fulano que vivir en la incertidumbre.

E. DE PALACIO.

CRONICA

La banda de música del regimiento de infantería Joló núm. 6, ejecutará esta tarde y noche en el paseo de la Luneta, las piezas siguientes:

- 1.º Vira España, paso-doble.
- 2.º Belona, sinfonía.
- 3.º Un recuerdo, mazurca.
- 4.º San Franco de Sena, duo de tenor y bajo.
- 5.º Boccaccio, tanda de vals.
- 6.º Redova.

Por vapor Esmeralda, que fondeó ayer de Hong-kong recibimos los siguientes telegramas:

Londres, 6 de octubre.

El general Kaulbars ha ordenado al comandante de Rustchuk que dé la libertad á los secuestradores del príncipe Alejandro ofreciéndole un premio. El comandante de las tropas consulares ha rehusado complacerle.

Londres, 8.

Las bases del pensamiento del gobierno para el Gobierno de Irlanda es la formación de cuatro consejos nacionales para representar las provincias.

—Lord Randolph Churchill ha ido al continente.

—Bulgaria ha dirigido una nota á las Potencias protestando contra la acción del general Kaulbars.

Noticias de marina.

Se ha expedido pasaporte para Zamboanga á favor del segundo practicante con graduación de mayor de tercera don Saturnino Victoriano Manalo, por haber sido destinado al ponton Animosa.

Se ha expedido igual documento para Zamboanga á favor del tercer contramaestre Juan Leiva Pardo, por haber sido destinado á la goleta Valiente.

En la noche del juéves, inauguró el laborioso é ilustrado tenedor de libros, don Estéban Rancano Daniel, la Academia Mercantil, que según dijimos, ha establecido en los altos de la casa núm. 10 de la Escolta.

Al acto de la inauguración, que dió comienzo á las nueve y media de la noche

asistieron muchas personas conocidas y competentes en asuntos mercantiles, á las cuales leyó el señor Rancano, un breve y sentido discurso, exponiendo con claridad su sistema teórico-práctico de enseñanza, y dando después las gracias á la prensa de la Capital por el aplauso y apoyo que ha prestado á su idea.

El señor Rancano recibió al terminar los plácemes de la concurrencia y desde luego le auguramos felices y prósperos resultados si persevera en los propósitos que le animan con el mismo entusiasmo que al presente.

Por de pronto, y nos felicitamos de ello, sabemos cuenta con bastante número de alumnos.

He aquí algunos datos que juzgamos de actualidad y de interés para el público, una vez que se sabe haberse presentado á obtener la concesión del ferro-carril de Manila á Dagupan el señor Sykes (ó Syker) representante de una poderosa casa inglesa.

Según el pliego de condiciones para dicha subasta, el concesionario se obliga á ejecutar en el plazo de cuatro años y medio desde la fecha de la concesión, todas las obras para el completo establecimiento de la línea férrea desde el arrabal de Tondo hasta Dagupan, con sujeción al proyecto aprobado al efecto.

Las estaciones serán de primera, segunda tercera y cuarta clase: contándose en la primera la de Manila; entre las de segunda, la de San Fernando y la de Dagupan; de tercera, serán las de Guiguinto, Tarlac y Bagamban, y de cuarto orden las de Calocan, Polo, Meycauayan, Marilao, Bocaue, Bigla, Calumpit, Apalit, Santo Tomás, Angeles, Mababacat, Bamban, Capas, Gerona, Panique, Moncada, San Carlos y Calasiao.

El concesionario queda autorizado para aplazar el establecimiento de las estaciones que señalamos con letra cursiva, hasta que la experiencia determine su necesidad ó conveniencia, pero estará obligado á instalar cualquier otra que el Gobierno le ordene, previa instrucción de expediente que determine su conveniencia.

La proposición del señor Sykes por 4.964.400, ha rebajado el tipo en 73 pesos 50 céntimos; y por dicho capital abonará el Gobierno como subvención á la construcción de la línea el 8 por 100 anual.

La línea deberá abrirse á la explotación por secciones. El Gobernador general podrá autorizar, por excepción, la apertura de algún trozo que convenga al servicio público ó intereses del concesionario.

La subvención con que el Tesoro auxiliará al concesionario, se pagará por trimestres vencidos, abonándose en cada uno lo que corresponda á la sección ó secciones puestas en explotación, pero no excederá á contarse el devengo de intereses para la primera sección que se abra al público, hasta los tres años y medio; para la segunda hasta los cuatro, y para la totalidad hasta los cuatro y medio de la fecha de la concesión.

El material móvil que se fija como mínimo para el servicio de la línea, se compondrá de 39 locomotoras de los mejores modelos conocidos, 5 coches de primera clase, 25 mixtos de primera y segunda, 30 de tercera; 350 vagones cubiertos, para mercancías, 20 id. para mercancías

BUQUES

Vapores de la Compañía Trasatlántica

(antes A. Lopez y Comp.)
REPRESENTADA POR LA

Compañía general de tabacos de Filipinas.

El vapor-correo STO. DOMINGO.

capitan don Francisco Moret.

Saldrá el 1.º de noviembre próximo para Liverpool y Barcelona, con escalas en Valencia, Cartagena, Cádiz, Vigo y Coruña.
El registro se cerrará el día 29.
Admite carga y pasaje.
El día de la salida estará en el muelle de los de Cavite un vaporcito para conducir el pasaje a bordo.
Se expiden billetes de pasajes de la Península a esta Capital.
Se admiten seguros sobre embarques en el mismo vapor.

Administración, Carballo, 2.

VAPOR-CORREO SALVADORA.

Saldrá para Singapore, el domingo 17 a las nueve de la mañana.

Admite carga y pasaje
José Reyes.

VAPOR-CORREO CHURRUCÁ.

Saldrá para Rombon, Batán, Iloilo, Dapitan, Dumaguete y Cebu, el miércoles 20 del corriente, regresando por Iloilo, Batán y Rombon.

Admite carga y pasaje
Larrinaga y Echeita.

VAPOR BATANGAS.

Saldrá para Dagupan y Salomague, el domingo 17 del corriente a las seis de su mañana.

Admite carga y pasaje para el primer punto; y pasaje solamente para el segundo.

F. L. Roxas.

Consignatario.

VAPOR-CORREO RÓMULUS.

Saldrá en su viaje impar para Batangas, Calapan, Boc, Lagunian, Pasacao, San Pascual, Palanoc, Donsol, Sorsogon, Legaspi, Catanduanes y Tabaco, el miércoles 20 del actual, regresando por las mismas escalas.

Admite carga y pasaje
Aldecoa y C.

VAPOR-CORREO REMUS.

Saldrá para Subic, Sual, San Fernando, Salomague y Aparri, el miércoles 20 del actual, regresando por las mismas escalas.

Admite carga y pasaje
Aldecoa y C.

VAPOR-CORREO LUZON.

Saldrá en su expedición impar para los puntos de Culion, Cuyo, Puerto Princesa, Balabac, Joló, Isabela de Basilan y Zamboanga, el miércoles 20 del actual, retornando por los mismos puntos menos Isabela de Basilan.

Admite carga y pasaje
J. Reyes.

CHINA AND MANILA STEAM SHIP COMPANY LIMITED.

VAPOR ZAFIRO.

Saldrá para Hong-kong y Emuy, el lunes 18 del actual, a las cuatro de la tarde.

Para carga y pasaje, acúdase a
Peel, Hubbell y Comp., Agentes.

VAPOR ESMERALDA.

Saldrá para Hong-kong y Emuy, el jueves 21 del actual a las cuatro de la tarde.

Para carga y pasaje, acúdase a
Peel, Hubbell y Comp., Agentes.

PARA ILOILO.

El vapor Butuan, saldrá para dicho punto, el sábado 23 del actual.

Para carga y pasaje, acúdase a
MacLeod y Comp.

PARA SORSOGON, GUBAT, LEGASPI Y TABACO.

Saldrá el vapor Antonio Muñoz, el lunes 18 del actual a las cuatro de la tarde.

Admite carga y pasaje
Muñoz Hermanos y Sobrinos.

AVISOS

COMPANIA DE LAS MENSAGERIAS MARITIMAS.

AGENCIA DE MANILA.

VAPORES-CORREOS de MANILA A SAIGON.

El vapor SAIGON, capitan Itasse, saldrá el 16 de octubre a las nueve de la mañana en combinación en aquel puerto, con el vapor Anadyr de 5000 toneladas, que saldrá para Marsella el 22 de octubre.

Este vapor admite fletes y pasajes para Saigon, Singapore, Batavia, Colombo, Calcuta, Nápoles, Marsella, Le Havre, Londres, Amberes, los puertos del Báltico y también para Hong-kong, San-gai y Yokohama.

Rebaja de pasajes para los oficiales del Gobierno español y órdenes Religiosas.

M. Henry, Agente.
Muelle del Rey, núm. 1. 0;

Notaría pública.

El Notario señor Fajarnés tiene en depósito ciertas cantidades para colocarlas con firmas conocidas de comercio o suficientes garantías hipotecarias. Su despacho plaza de Moraga, 1. 6;

El Dr. Candelas.

Se ha trasladado al núm. 51, de la misma calzada de San Sebastian. 0;

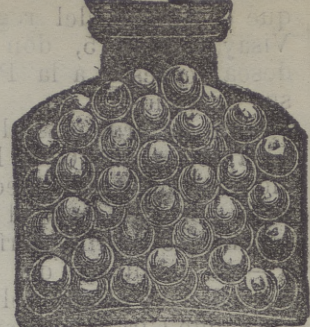
ALQUILERES

SE ALQUILA

Para el día 20 de este mes, quedará desocupado el entresuelo con vista a la calle Victoria, de la casa nueva Cabildo, núm. 32, darán razón Magallanes, 3, altos. 0

PILDORAS

AZUCARADAS



DE BRISTOL

Regulan todos los desarreglos biliosos curan con certeza todas las enfermedades de

EL ESTÓMAGO;

EL HIGADO,

y son extremadamente fáciles de tomarse, por razón de su gusto y aspecto agradables. No contienen mercurio ni sustancia mineral alguna.

Pruébenlos, y recuérense con ellas la salud perdida.

De venta en todas las Boticas y Droguerías.

Bazar Filipino.

31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto.

Cabezas, baticas, acciones para estribos, mantillas, bocados, serretas, estribos, espuelas y espollones, látigos de carruaje y de montar.

Asientos de goma, cinturones, cantimploras, bocinas, collares para perros, juegos de dominó, de ajedrez y lotería; cepillos para uñas, para dientes, para cabeza, para ropa, para mesa y para zapatos.

Brochas de afeitar, peines y lencerías, espejos de viaje, calzadores de asta, betun para zapatos, idem líquido, escobas para piso y para quame.

Romanas y balanzas de mano y para mesa, etc. 6

Bazar Filipino.

31, Escolta, esquina de la calle de San Jacinto.

Gran surtido de armas en escopetas Lefauchaux, Remington, y luego central de pistón de 1 y 2 cañones, revólvers, carabinas de salón, cartuchos; cuchillería inglesa fina en navajas de afeitar y cortaplumas, tijeras para bordar, para uñas, para costura, para sastrer, para mechas, para caballos, para podar, para hojalar; limas para uñas, esquiladores, cepillos y almohazas, suavizadores y piedras para navajas, afiladores de cuchillos etc. etc. 7

Agendas ó dietarios para 1887.

Notablemente mejorados en la parte de noticias y datos de interés general.

Indispensables a todo el mundo por su gran utilidad.

Encuadrado en cartón con lujosa cubierta litográfica pta. 0'40.

En percalina, plancha dorada y colores, en relieve; cantoneras de metal pta. 0'50.

Librería «AGENCIA EDITORIAL» Carriedo, 2. 3

Tabaco Picado

PARA CIGARRILLOS.

Se recomiendan a los fumadores la excelente picadura para cigarrillos que se halla de venta en los puntos siguientes:

A 2 REALES LIBRA.

Fábrica de Tabacos, «Maria Cristina».

Expendiduría de efectos timbrados, calle de Magallanes.

Tabaquería de Binondo, esquina a la calle de Anloague.

Tabaquería de Santa Cruz, frente al Lucero.

Tabaquería de la plaza del Padre Moraga, frente a los señores Borri Franco y Compañía.

Sres. A. Roensch, Iloilo. .djm

MAIZ SUPERIOR

triturado, a once reales quintal, y a un real menos, sin triturar, se vende

Calle de Joló, núm. 25.

Se vende.

Un alambique a vapor n.º 0, de Savalle de muy poco uso, destila de 50 a 60 arrobas, de 24 a 25 grados, Cartier; darán razón en Manila, Findlay, Richardson y Comp.

Isla del Romero, núm. 8, y San Fernando, Pampanga, Francisco Puig y Hermano. 0

Fábrica de Sierra EN MEISIC.

En la primera, frente al cuartel de Ingenieros, se admiten toda clase de maderas para su aserrio en la forma que se desee.

Precios muy módicos, en competencia con los chinos, y se garantiza la brevedad y exactitud.

Se recomienda a los constructores y tableros.

Informes en la «Bilbaina», Escolta, 36.

0d Federico Guerra.

Para fotografía.

Un gran surtido de CUBETAS y BAÑOS, de LOZA de CRISTAL y de VULCANITO.

También TARJETAS y CARTULINAS.

BOTICA INGLESA.

Escolta, 14. 0

LA ESTRELLA DEL NORTE.

Tenemos el gusto de participar á nuestros numerosos parroquianos y al público en general, que por el vapor SAIGON hemos recibido un magnífico surtido en alhajas de todas clases, excojidos por nuestro socio D. Carlos que se encuentra actualmente en Paris para el objeto.

Llamamos sobre todo la atención general sobre el gran surtido de **ALFILERES PARA CORBATA, IMPERDIBLES y PULSERAS** con brillantes y sin ellos y los detallamos á precios sin competencia en plaza.

BRILLANTES SUELTOS de todos tamaños y precios.

A. & C. LEVY.

LA ESTRELLA DEL NORTE. TORRECILLA Y C.^a

ALMACEN DE TEJIDOS Y NOVEDADES DE EUROPA.

Constante surtido de géneros para Señoras y artículos para Caballeros.

GRAN TALLER DE CAMISERÍA

17—ESCOLTA—17.—MANILA.

FOTOGRAFÍA PARISIENSE.

NUEVO GRAN ESTABLECIMIENTO FOTOGRAFICO MONTADO AL ESTILO DE EUROPA Y CON TODO LOS ADELANTOS DEL DIA.

CALLE DE SAN JACINTO N.º 53.

Monsieur Lajouanie recién llegado de Paris y que ha trabajado por muchos años con el reputado fotógrafo señor Marius, ofrece al público desde el día 10 del presente su nueva galería fotográfica con todo los adelantos del arte, pudiendo por dicha causa ofrecer precios económicos.

Retrata diariamente de 6 de la mañana á 6 de la tarde aunque esté lloviendo.

ESPECIALIDAD en niños y grupos.

Manila 7 de Octubre de 1886.

LAJOUANIE Y COMP.

ORIZA LACTE-CREME-ORIZA-ORIZA VELOUTE

A VISO
á los Consumidores
DE LOS GENEROS DE LA

PERFUMERIA ORIZA

PARIS — 207, Calle Saint-Honoré, 207 — PARIS

LOS PRODUCTOS DE LA PERFUMERIA ORIZA DE L. LEGRAND

1.º Al particular esmero con que se hacen sus preparaciones. 2.º A sus calidades inalterables y á las suavidades de sus perfumes.

AUNQUE SE HACEN IMITACIONES DE LOS PRODUCTOS DE LA PERFUMERIA ORIZA no se logra llegar al grado de finura y perfección que tienen los verdaderos.

Como la apariencia exterior de tales imitaciones es idéntica á la de los verdaderos productos ORIZA, los vros consumidores deberán precaverse contra tan ilícito comercio y considerar como falsificados todos los productos de calidades inferiores que no son vendidos mas que por las casas poco respetables.

SAVON-ORIZA-VELOUTE

Se envia franco el Catalogo ilustrado.

JARABE y PILDORAS de REBILLON

con YODURO DOBLE de HIERRO y QUININA

Este Jarabe poderoso, regenerador de la sangre, es de una eficacia cierta en la CLOROSIS, FLORES BLANCAS, SUPRESION y DESORDENES de la MENSTRUACION, EXPERIENCIAS de PÉRDIDA, GASTRITIS, DOLORS de ESTÓMAGO, NAUSEAS, ESCÓRFULAS, FIEMES SIMPLES y DIFTERIAS, ENFERMEDADES HEREDITARIAS y el único remedio que conviene y se debe emplear con exclusión de cualquier otro sustancia.

Véase el Folleto que acompaña á cada frasco.

Venta por Mayor, en PARIS: CH. VIMARD & PETIT, 4, calle del Paro-Royal.
Depositarío en Manila: JACOBO ZOBEL.

PERFUMERIA LAFFERRIERE

PARIS

Secreto de Juventud

AGUA LAFFERRIERE

POLVO LAFFERRIERE

PRODUCTOS HIGIENICOS para conservar la Belleza del Rostro y del Cuerpo.

en Manila: JACOBO ZOBEL. Y en las principales Perfumerías y Peluquerías

AFICIONADOS.

La mejor de las Cervezas

(ÉS)

CRUZ DE BLANCA

SANTANDER

Doble

Bock.

EN

Almacenes

DE MANILA:

Importadores; Gutierrez Hermanos.

BAZAR.—LA PUERTA DEL SOL.—MANILA.

ENTRADA LIBRE.

PRECIO FIJO, ECONÓMICO Y AL CONTADO.

ÓRGANOS efecto de completa orquesta con acompañamiento de trompa, tambor y triángulo con 30 y 40 sonatas escogidas desde pta. 118.80.

ÓRGANOS de voces potentes á manubrio de 30 sonatas escogidas desde pta. 37.25.

J. F. RAMIREZ.

LA PUERTA DEL SOL.

Fábrica de cigarros y cigarrillos elaborados

DE J. F. RAMIREZ.

Establecido desde el 1.º de Enero 1883.

CIGARRILLOS ENGOMADOS DE ELABORACION ESMERADA

á 8 cuartos cajetilla de 30 cigarrillos.

PUNTOS DE EXPENDIO: Bazar «La Puerta del Sol», Kiosko de la Plaza de Cervantes y en el establecimiento de doña Pía Bar-bara, Murallon, núm. 0.

Bazar—«La Puerta del Sol»—Manila.

ENTRADA LIBRE.

PRECIO FIJO, ECONÓMICO Y AL CONTADO.

Lo que antes vendía por \$ 3 ahora solo por \$ 3.

UN ESTUCHE conteniendo:

6 cucharas sopa metal blanco.

6 idem café idem idem.

6 tenedores grandes idem idem.

6 cuchillos idem idem idem.

1 tirabuzón todo de hierro.

2 cucharitas para mostaza, de boj.

J. F. RAMIREZ.

ITB

Marca de la mejor Ginebra, que se ha importado en estas islas, de cuya bondad se convencerá el público, así que la pruebe.

Depósito en los principales establecimientos de la capital.

Sus únicos Importadores en Filipinas,

HOLLMANN Y C.^a

Bazar—«La Puerta del Sol»—Manila.

ENTRADA LIBRE

PRECIO FIJO, ECONÓMICO Y AL CONTADO.

Acabo de despachar de la Aduana la tan deseada CERVEZA marca DOS LEONES de mi exclusiva importación.

La caja de 96 medias botellas al infimo precio de pta. 11.50.

J. F. RAMIREZ.

MANILA.—Imp. de RAMIREZ y GIRAUDIER, editores propietarios.

BAZAR DE ROPA HECHA Y SASTRERÍA DE L. GIBERT.—ESCOLTA, NÚMERO 27.